

«Montholon había traído consigo al niño mayor del general Bertrand, de doce años, que se fastidiaba de oír la conversación, por lo que le dije:— Amiguito, podéis levantaros de la mesa y recorrer toda la casa, con tal de no salir á la calle, pues fuera de mi casa no tengo autoridad.—Quiso ver toda la casa y le dijo á mi criado que le acompañara. Empezaron por la sala, y, al entrar, le llamaron la atención los cuadros. Acercóse al del rey, y preguntó:—¿Quién es este hombre tan gordo?—Es el rey.—¡Ah!, pues es un gran pillastre.—Al leer en otro cuadro el nombre del duque de Berri, exclamó:—Este ya está muerto. Un pícaro menos.—También vió el retrato del emperador de Austria, cuyo nombre leyó, y dijo:—¡Oh!, á éste le quiero mucho. Me parece que es padrino de mi hermano.—Refiero esta anécdota para dar á entender la clase de educación que reciben estos niños y las conversaciones que oyen en sus casas. Sin embargo, dicho sea en honor á la verdad, los padres siempre hablan respetuosamente del rey con las personas de su trato. Tanto los niños de Bertrand como los de Montholon son los peor educados de la isla, incluso los del gobernador. Abominan del nombre de Borbón, y la pequeñuela Bertrand, que apenas tiene diez años, no me habla ni me saluda, á menos que su madre se lo mande resueltamente.

»La señora de Montholon ha ido á Europa en calidad de ministro plenipotenciario, y bien quisieran ellos que Francia aceptase sus cartas credenciales. Desde la muerte de Regnaud de Saint-Jean d'Angely, se la considera como el sostén del partido, y acaso la prefieran porque, teniendo al menos tan fecundo ingenio como él, posee maneras mucho más insinuantes...»

Después de la comida pasaron á la sala, y Montholon expuso las ideas del Emperador sobre la soberanía real: «El rey hubiera podido mantener en 1814 la verdadera monarquía instituida por Napoleón, con algunas modificaciones apropiadas. Ni el rey, ni los que consigo trajo del extranjero, conocían á Francia. Si se hubiese contentado con gobernar durante algún tiempo con las leyes vigentes, hubiera visto que el general deseo de la nación no era aquella libertad que se le había devuelto demasiado pronto: su anhelo era aliviar los males con que la guerra le afligía. Durante aquel tiempo, el rey hubiera podido

hacerse cargo de su situación y de la de Francia, para elegir ministros honrados y enérgicos, amantes del país y capaces de servirle. El examen de los antecedentes y la cuidadosa eliminación de los jacobinos le hubieran permitido aprovecharse de los hombres de todos los partidos, cuyos principios administrativos eran comunes. El mismo Emperador tenía á su servicio muchos *blancos* de esta clase, á quienes perfectamente conocía. Estaba enterado de que Clarke y Vaublanc eran *blancos* de corazón, pero los miraba como á hombres honrados y le prestaron excelentes servicios. Yo conozco muchos *azules* que están en el mismo caso. Para establecer un nuevo gobierno, y más en Francia que en parte alguna, se necesitaban gentes que la conociesen... ¿Qué se hizo? El primer ministerio inutilizó al rey. Dupont, el abate Montesquiou, Ferrand, M. de... facilitaron la vuelta de Elba... Dambray allanó el camino, y por ello fué fácil llegar á París sin disparar un tiro (1).

»Por inesperada casualidad, encontróse el rey con la Cámara de 1815, que, elegida entre el tumulto de los partidos, había demostrado que Francia no deseaba demasiadas libertades. Aquella Cámara era monárquica, y todo cuanto propuso podía haberse efectuado más tarde, pero era prematuro en 1815. En vez de convenirse con unas veinte personas y de dar á comprender á los jefes de grupo que era preciso saber esperar, prefirió disolverla. Un ministro quiso, anticonstitucionalmente, alterar la ley electoral de 1815. ¿Qué sucedió? Que la nueva ley puso al gobierno en manos de las turbas. Esta ley tiene, además, el peligroso vicio original de la renovación por quinta parte, pues con ello se concentran las intrigas políticas en algunos departamentos, al paso que con la renovación total se diseminan los partidos y debilitan su influencia. La prueba está en que, impotentes algunos diputados de ser reelegidos por sus departamentos, presentaron con éxito su candidatura en otros, donde ni de vista los conocían. Este sistema me convenía á mí, para el Cuerpo Legislativo, pues por medio de los empleados y legionarios, resultaban elegidos los que yo quería.

(1) Montholon pretende haberse enterado de los sucesos á que alude, en Viena, desde el 11 de Marzo, por conducto de un personaje á quien veía diariamente. Informó de todo á Talleyrand, quien, después de escucharle con atención, exclamó: «Es demasiado tarde. Detendrían á mis correos.» (Observación del marqués de Montchenu.)

»La ley electoral ha engendrado la de reclutamiento. Aquel día quebró el rey su cetro. Ya que no querían nutrir el ejército con voluntarios, se necesitaba una ley de reclutamiento; pero, ¿con qué derecho se ha de someter á una ley la organización del ejército? Inglaterra es muy celosa de sus derechos, y, sin embargo, se contenta con fijar el número de tropas de tierra y mar, con el presupuesto de Guerra, para que el rey disponga lo demás. En Holanda, el estatúder era jefe supremo del ejército y armada. La República francesa dejó la fuerza pública en manos del Directorio, y después en las de los Cónsules. Es evidente que se ha querido formar el ejército con *descamisados*, alejando de él con aversión á los nobles de prosapia y á los ricos... Esta ley lleva, además, la intención de desorganizar la guardia. Yo hubiese inculcado al ministro que la propuso de crimen de lesa majestad y le hubiera mandado fusilar. ¡Pobre Francia, estás en deplorable situación!... (El Emperador pronunció estas palabras con grandes muestras de emoción.)

»En todo esto no he visto más que un solo hombre honrado: el duque de Richelieu. Quiso rubricar la liberación de su patria y dimitió por no cooperar á lo que sabía que iba á ocurrir. Ha vuelto al poder, pero ya es demasiado tarde. No le conozco, pero si no tiene el extraordinario carácter del cardenal, ¿qué podrá hacer con las vigentes leyes liberales? ¡En cuanto á mí, sé muy bien lo que haría! (*En este punto de su informe, dice el marqués de Montchenu: «Aquí me detengo, porque parecería que quiero dar consejos.» Después de unos cuantos renglones en blanco, reanuda su coloquio con Montholon.*) —Si el ministerio no se considera muy firme, el rey no tiene más remedio que dejar que las cosas marchen lo menos mal posible, y decir como Luis XV:—Veo que todo se derrumba; que mis sucesores se las compongan como puedan.

»¿Qué sucederá á la muerte del rey? Los partidos se agruparán en tres, aunque sólo habrá dos candidatos: mi hijo y el duque de Orleans. Los jacobinos é imperialistas se coligarán sin duda en favor de mi hijo. Mis partidarios serán tal vez los más numerosos, por la influencia de los veteranos del ejército; pero los jacobinos han crecido con la vuelta de todos los *monstruos* llamados por el rey, que ocupan puestos en la administración. Indudablemente se coligarán en favor

de mi hijo, porque la perspectiva de una regencia les da coyuntura para sobreponerse á ella, en espera de derrocar al joven emperador y restablecer la república en cuanto se vean con fuerza bastante. Mi partido es el más numeroso en la Cámara de los Pares, donde puedo



NAPOLEÓN BONAPARTE

Copia de un dibujo del capitán Dodgin, del regimiento n.º 66 de infantería inglesa (Santa Elena-1820)

decir que predomino actualmente. Parece que tratan bien á mis antiguos generales; pero, ¿los conservará el nuevo ministerio? Entonces, ¿qué podrán los generales en la reserva contra gentes que ocupan los primeros puestos?

»Creo que, en último término, el partido orleanista será el más numeroso, pues se compondrá de todos los descontentos que ahora fingen